

# LO QUE NO PUDIMOS CAMBIAR JUNTOS



L.D.S

I.E.S. EL SEÑOR DE BEMBIBRE

2º BACHILLERATO A

1 de septiembre de 1942.

El viento movía su larga y negra melena, su vestido azul iba acorde con el cielo, su blanca sonrisa deslumbraba a su paso. Todo apuntaba que sería un buen día. Canturreaba alegre en la cocina esperando a que bajara su marido para servirle el desayuno. Ella, como cada mañana, le dio un beso en la frente y le susurró al oído la palabra “te quiero”; lo que ella no sabía es que aquel beso sería el último. Tan solo diez minutos más tarde, un coche se llevaría para siempre la vida del hombre que tan feliz la había hecho. Una lágrima recorría su mejilla mientras le sujetaba la cabeza a su marido, que, tendido en el suelo y medio inconsciente, le dijo: “cambia sola lo que no pudimos cambiar juntos” y su alma se esfumó, como un puñado de arena que se escurre entre los dedos sin que puedas detenerlo. A Saturnina se le partió el corazón en mil pedazos. ¿Qué iba a hacer ella ahora? ¿Quién iba a protegerla? ¿Cómo iba a alimentar a sus tres hijos? Aquella noche, mientras el dolor la desgarraba por dentro y la voz se le quebraba, sacó el valor suficiente para decirle a su hijo mayor la situación que acontecía.

Alfonso, con tan solo dieciséis años, tuvo que ingresar en la diócesis de Astorga para que sus hermanos y su madre tuvieran un trozo de pan que llevarse a la boca.

Saturnina nunca volvió a ser ella. Aquel septiembre se vistió de luto y nunca más volvió a lucir esa sonrisa. Caminaba sola, como un alma en pena, como si de un fantasma se tratase. Pero aquel verano lo cambió todo.

Una vez que sus hijos crecieron, Saturnina decidió dejar atrás todo el dolor y comenzar una nueva vida. Montó en un tren rumbo a Vigo para ver por primera vez el mar, para sentir la vida de nuevo, para comerse el mundo. A eso del mediodía, se ponía en una esquinita del paseo marítimo a vender hogazas y empanadas caseras, canturreando como si su Manolo estuviese al lado.

Un rayo de sol calentaba su negra blusa y le daba la libertad que tanto tiempo había anhelado. Cerró los ojos y, mientras escuchaba el sonido de las olas que rompían al chocar contra la arena, recordó con pena aquellos gritos, aquella mirada que en silencio pedía auxilio, la voz de su madre que se escuchaba cada vez más rasgada, la risa de su padre y aquel disparo. Corrió, porque sabía que ella tampoco valía nada en la vida de ese hombre. Nunca más volvió a saber lo que era el calor de una madre, ni cuando tuvo frío, ni cuando tuvo miedo.

Su Manuel siempre le dijo que tenía que cerrar ese capítulo de una vez porque, aunque no sirviera para cambiar su pasado, serviría para arreglar su futuro.

Ella sentía un vacío en el alma: la ausencia de su marido, al que años después seguía amando con todo su corazón, el anhelo de un reencuentro con sus hijos y la explicación de un padre que se había llevado su infancia de un plumazo.

Saturnina volvió a sus raíces, a su pequeño pueblo, al lugar que siempre había llevado en su memoria y al que nunca pudo olvidar. Allí le dijeron que su padre había muerto esa misma noche, que no pudo soportar la carga de sus actos cuando se le pasaron los efectos del alcohol. Ella decidió quedarse allí, en memoria de su madre y en honor a sus raíces, a la tierra que la vio nacer, la que tanto le dio y la que se lo quitó todo. Unos meses después murió, pero dejó escrita una carta que decía: “Queridos hijos, espero que vuestra vida

haya sido plena y lamento que no tuvierais el calor de la madre que os merecíais. Me marcho en paz, voy a volver a caminar agarrada del brazo de papá. ¡Ojalá me recordéis con una sonrisa y le contéis a vuestros hijos quién fue su abuela! Con todo mi cariño. Vuestra madre.”

Yo soy su nieta, Blanca García y he decidido escribir estas líneas para recordar la memoria de mi abuela, a la que nunca conocí, pero la que siempre será mi guía porque nunca se rindió, la que siguió su camino y cerró sus heridas.

Hoy va por ella, la mujer de las mil batallas, la mujer de las mil sonrisas, mi mujer referente.

Por todas las vidas que han quedado en el olvido y por todas las historias de amor que el viento se llevó. Abuela, allí donde estés quiero decirte que tus hijos no te han olvidado y que siempre te llevarán en su corazón.

Gracias por inspirarme y por ser el camino hacia unos nuevos pasos.

Con cariño, tu nieta.